

# Los Niños



**Q**UE los niños aprendan música, qué tontería. Para qué hacerles perder su tiempo teniendo tantas cosas útiles que estudiar. La música no es necesaria; siempre recuerdo con espanto las horas que me hizo perder mi madre cuando quiso que estudiara el piano con aquella profesora tan fea y tan antipática; qué lata, qué fastidio. Esto, poco más o menos, dicen casi todas las mujeres españolas hasta

ahora, y tienen razón. No la tienen, sin embargo, si afirman que es una tontería que los pequeños, en el momento de su formación lleguen a saber que existe una manifestación de la belleza—la música—capaz de proporcionarnos algún momento de dicha. Para eso no tienen que estudiar música, eso ya vendrá después para el que demuestre aptitud; basta con que oigan buena música, bien seleccionada, para que conozcan su existencia, se les forme el gusto y sientan luego la necesidad de escucharla o, por lo menos, el respeto.

La música en España nunca fué atendida. Si en nuestra Patria han salido compositores geniales cuyas melodías han cruzado el mundo entero, si han surgido maravillosos ejecutantes que llevaron el nombre de nuestro país a los lugares más lejanos del universo, no ha sido, ciertamente, porque en España cuidara el Estado o la iniciativa particular de crear el clima propicio para este cultivo, sino por esa cualidad extraordinaria de nuestra raza que por instinto baila y canta desde que nace y que, por instinto también, ha creado el folklore más rico e interesante que se conoce: nuestras canciones, nuestras poesías populares, tienen el sabor y el aroma de una fruta o una flor silvestre.

En España, hasta ahora —y hay que decirlo con tristeza— el nivel medio de cultura musical es de los más bajos de Europa; a tal punto, que esos compositores y ejecutantes

maravillosos a que antes me he referido vivieron aquí de precario, no fueron comprendidos y la gloria, la fama y el bienestar lo encontraron en países extraños, donde había un gran núcleo de gente preparada para apreciar sus méritos. No éstos sólo: sin duda son muchos los españoles que no pudieron desarrollar una aptitud sobresaliente para este arte, bien porque jamás conocieron su existencia, bien porque, decepcionados o aburridos al no encontrar apoyo o estímulo, abandonaron su estudio o se refugiaron en la enseñanza, en el cuarteto triste de un café, o en la orquesta de un salón de baile, para la cual componían piecitas sin importancia, tangos, chotis y demás música que bien pudiéramos llamar pornográfica. A cuántos de estos he conocido, desgraciadamente. Cuánto buen músico malgrado o no nacido en España.

A esta vergüenza hay que ponerla remedio y remedio urgente. No hay que olvidar que cuando un pueblo llega a su mayor apogeo es cuando el arte está en él en su mayor florecimiento. Recordemos que en nuestro Siglo de Oro, en el gran momento de España, los vihuelistas y polifonistas españoles llevaban un siglo de adelanto a los de todos los demás pueblos.

Pues bien, para que de nuevo en España florezca la música, hay que crear ese núcleo grande de españoles a los que interese y guste este arte; que una vez creado, todo lo demás será fácil. En la empresa podéis hacer mucho vosotras, madres y mujeres españolas. ¿Con quién? Con los niños, con las nuevas generaciones. ¿Cómo? Muy sencillamente, haciéndoles oír música desde ese momento en que su cerebro es de cera para impresiones y de diamante para conservarlas, pero a condición de que la música que oigan sea, sobre todo, buena música, lo mejor de lo mejor, para no estragar el gusto.

Me diréis: bien, pero ¿qué hemos de hacer para que oigan buena música? Ahora es bien sencillo. Ojalá hubiéramos tenido en nuestra niñez todos los medios de divulgación que hoy existen al alcance de la economía más modesta. Si yo

# Y LA MÚSICA

os dijera que debo mi pasión por la música, y todos los instantes de dicha pasados en la vida con esta sana afición, a una pianola: mi padre compró una pianola (una de las primeras que hubo en Madrid) y una gran cantidad de rollos de los mejores compositores conocidos. Entonces tenía apenas cuatro años, y al mismo tiempo que aprendí las primeras palabras de nuestro hermosísimo idioma, con la misma facilidad capté las mejores melodías de Bethoven o de Schubert, etcétera... Al poco tiempo aquéllo comenzó a interesarme, y cuando tenía ya estatura para poder tocar la pianola, lo hice con la pretensión de interpretar, y de ahí pasé a estudiar seriamente la música y a ser admitido, a los ocho años, como miembro de la Sociedad Filarmónica de Madrid con dispensa de edad. Ahora es fácil hacer que los niños oigan música: la radio, el cine sonoro, los gramófonos están al alcance de todo el mundo. No hay que tener más que un cuidado: SELECCIONAR lo que han de oír, de la misma manera que se cuida de lo que han de leer. Hay cierta música que, por lo chabacana, es pernicioso y estraga el gusto. Si desde el principio oyen lo mejor de lo mejor, por comparación rechazarán esa música mala, falsa, pernicioso, a que antes aludo.

No es posible consignar en esta líneas una lista completa y gradual de las obras que deben conocer los niños, pero, en líneas generales, pueden señalarse las siguientes: todas las canciones tipo (y donde digo canciones añado poesía) del cancionero español; los lieder fundamentales de los grandes músicos universales (Schubert, Schuman, Brahms, Hugo Wolf, Straus, los del siglo XVII franceses e italianos, los clásicos, etc.), a poder ser traducidos al castellano por nuestros mejores poetas y cantados, también por los mejores, para que aprendan estilo; una selección bien cuidada, por último, de las óperas, sonatas, sinfonías, y cuartetos, comenzando, como es natural, por lo más sencillo.

De esta forma, no tendrá duda de que al llegar a los diez años la mayor parte de los niños españoles habrán adquirido la convicción de que la música es una cosa bella, agradable, que procura ratos de buena dicha, y los nombres y las melo-

días de los grandes compositores les serán familiares. Todo esto lo habrán conseguido sin el menor esfuerzo y sin haber robado un solo minuto a los demás estudios.

Claro que a vuestros esfuerzos para iniciar a los niños en la música han de unirse los del Estado en las escuelas de primera enseñanza. Ha de ser en el mismo sentido de selección y depuración del gusto, pero ampliando. La ampliación debe ser a los primeros fundamentos de la música; los coros (buena escuela de disciplina) y canciones en los recreos, durante los juegos, elegidas escrupulosamente, con prohibición absoluta de iniciativa alguna por parte del maestro en cuanto al repertorio que debe enseñar. Aquella maravillosa escuela de la película «Vuelan mis canciones» es un buen ejemplo para imitar.

A los pocos años habrá en España un grupo numerosísimo de buenos gustadores de la música y se habrá creado ese clima en el que pueden vivir y crearse esos maravillosos compositores e instrumentistas, sin la vergüenza de verse obligados a emigrar, y llegará, como siempre, al mismo tiempo que una época de nuevo florecimiento de la música Española, el de esta querida España que ya es.

Terminaré estas líneas haciendo la misma cita que Gonzalo Torrente Ballester hace al final de su maravilloso trabajo sobre «Razón y ser de la Dramática futura» en el último número de «Jerarquía», porque viene muy a pelo refiriéndolo a la música. La cita es de Moritz Geiger, y dice: la acción profunda del arte está, no en producir placer, ni siquiera goce estético del mejor calibre, sino algo superior: la acción profunda del arte HACE DICHOSO.

Y añade Gonzalo Torrente Ballester: «Si por la música va a encontrar el hombre un poco de felicidad, merece, yo creo, una parte considerable de vuestra atención y cuidado. De vuestra mejor atención: vigilante, preocupada, activa.»

Se explica ahora que os pida, a vosotras mujeres españolas, que cuidéis la educación musical de los niños.

MARQUÉS DE BOLARQUE

